



APORTES PARA EL SINODO

RELACIONES.

FUNDAMENTOS. *Hermanas y hermanos en Cristo: una reciprocidad renovada.
Llamada a la conversión y a la reforma.*

Concepto. Desde lo que entendemos por Sinodalidad, juega un papel fundamental una nueva configuración de lo que entendemos por *fraternidad*. Si es verdad, tanto a nivel ontológico, doctrinal, pero también en lo efectivo, que todos somos hijos de Dios, entonces debemos seguir ahondando en lo que nos sigue faltando para lograrla. La fraternidad a la cual aspiramos, y desde la cual todos y todas deseamos ser aceptados como hermanos y hermanas, tiene que ver directamente con lo que aquí se propone como “reciprocidad”. Entendemos la reciprocidad como esa posibilidad que tenemos los seres humanos de desarrollar la capacidad de donación, de darnos a los demás, de regalar aquello de nosotros que es lo valioso y que puede construir una mejor relación con los demás. Cuando alguien tiene una personalidad con impronta recíproca, se muestra como alguien que sabe dar de lo que tiene sin pedir nada a cambio, pero que también se abre a recibir lo que los otros pueden darle. En este segundo movimiento, se hace necesario aprender a pedirle a los otros que me puedan nutrir de aquello que a mí me hace falta. Aquí radica la humildad evangélica: todos somos carentes, necesitados, ignorantes en muchos aspectos de la vida y, por tanto, hay que reconocer lo que no sabemos y necesitamos y aceptar que, dentro de una comunidad, hay personas que me pueden ayudar con ello.

En este sentido, una comunidad fraterna es aquella que sabe que, por la gracia derramada por el Espíritu Santo en toda la comunidad, sus dones son distribuidos de acuerdo con cada hermano/a, y cada uno de esos dones son efectivos cuando los ponemos al servicio de los demás. Por eso necesitamos una conversión sinodal: reconociendo que cada uno de nosotros tenemos algo para dar ponerlo al servicio de la comunidad, y hacerle saber al resto de la comunidad, aquellas cosas que no sé o que necesito. Este segundo momento es lo que muchas veces falta en nuestras comunidades: no se manifiestan las necesidades o, si es el caso, todo se busca en el sacerdote como representante de la jerarquía, desconociendo las capacidades de la comunidad en su conjunto. Allí se puede dar una conversión como Iglesia, como comunidad de los hijos de Dios que conforman una gran familia. Si todos tienen un lugar en donde pueda sentirse valorados entonces se pueden evitar las envidias, las competencias, características propias de la cultura en que vivimos

y que sigue impregnando una Iglesia piramidal o de escalafones, donde sólo los más adelantados pueden dirigir.

Aplicación. La falta de esta conciencia de que todos somos hijos de Dios, hijos del mismo Padre y con los mismos derechos y deberes, puede trabajarse en varios ámbitos: desde la misma predicación dominical, impulsado por el o los sacerdotes, en el momento de la homilía, pero sobre todo debemos abrir nuevos espacios. Por ejemplo: talleres grupales donde se profundice en la importancia del bautismo y el fruto que trae para con los miembros de la comunidad; la enseñanza en la catequesis, desde los más pequeños hasta los grupos de adultos; pequeños subsidios formativos que se puedan trabajar en grupos de jóvenes, adultos, etc.; instancias de formación sobre el tema; jornadas de encuentro de la comunidad unificando el compartir de la vida con momentos de convivencia fraterna.

*Dos errores o faltas al respecto: 1. Se han realizado campañas por la fraternidad “hacia afuera” de la Iglesia, cuando dentro no se respira esta fraternidad. 2. En la gran mayoría de los casos, la comunidad se reúne en torno a la celebración de la Eucaristía, donde no hay “contacto”, ni compartir entre los fieles. Se hace necesario otros momentos y otros espacios para que la comunidad de hermanos/as se reconozcan y convivan.

Para qué. Si buscamos una verdadera conversión sinodal que provoque una reforma en la Iglesia, necesitamos más acciones y menos palabras, mas encuentros y menos “reuniones burocráticas” (este mismo sínodo corre ese peligro). Trabajar la dimensión horizontal de la fe en búsqueda de una mejor y mayor aceptación de toda la comunidad, descubriendo las potencialidades a desarrollar y aceptando sus limitaciones y necesidades, nos llevará a experimentar una verdadera experiencia de sinodalidad, donde todos y todas tengamos un lugar y nos sintamos acogidos